

# Los peligros de perseguir a un duque

La Romántica

## Biografía

Julia London vive en Austin (Texas), con su pareja Louie y dos enormes perros, pero cuando el calor se hace insostenible se va a Taos (Nuevo México). Cuando está en Austin se dedica a escribir, que es su gran pasión. Afirma que se pasa los días creando mundos imaginarios en su mente, opuestos al que vivimos hoy en día.

Sus series *Los libertinos de Regent Street*, *La trilogía de las hermanas Lear*, *Aventureros extremos anónimos* y *Debutantes desesperadas* (de la que forma parte la presente obra) han obtenido un enorme éxito internacional. En 2007 Booket publicó con gran éxito *La trilogía de la familia Lockhart*, compuesta por los títulos *El highlander apasionado*, *El highlander disfrazado* y *El highlander enamorado*.

Más información en: [www.julialondon.com](http://www.julialondon.com)



**Julia London**

Los peligros de perseguir a un duque  
*Debutantes desesperadas I*

Traducción de Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo



Esencia / Planeta



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The hazards of hunting a duke*  
Pocket Star Books, Simon and Schuster, Inc., 2006 (Nueva York)

© Dinah Dinwiddie, 2006  
Publicado de acuerdo con el editor original, Pocket Star Books, un sello de Simon and Schuster, Inc.  
© por la traducción, Ana Sánchez Prat y Cristina Pérez Bermejo, 2008  
© Editorial Planeta, S. A., 2010  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © Jim Griffin  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2010

Depósito legal: B. 1.776-2010  
ISBN: 978-84-08-09038-0  
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.  
Printed in Spain - Impreso en España

*Para las Hermanas Gimoteo, que me ayudaron a levantarme  
y gimotear todos los días sin falta*





# 1



*Londres, marzo de 1819*

El marqués de Middleton, único heredero del poderoso ducado de Redford, exudaba riqueza y poder. Era un hombre atractivo y viril, que no pasaba desapercibido para la mayoría de las mujeres ni para algunos hombres. Era, a todas luces, un hombre que emanaba sensualidad.

Jared Broderick, el marqués, no decía ni hacía nada para provocar tales sentimientos en los demás y, a decir verdad, ignoraba por completo que tuviera ese poder. Si alguien le hubiera sugerido que con tan sólo una mirada podía hacer flaquear las piernas de una mujer, se habría reído y confesado imperturbable que adoraba a todas las mujeres, como así era. Ricas o pobres, nobles o plebeyas, lo único que le importaba era que fueran mujeres; lo cual quería decir, que debían oler bien, ser suaves, algo tontas, fastidiosas, atractivas y estimulantes, tanto dentro del dormitorio como fuera de él.

Con su pelo rubio oscuro, la mandíbula cuadrada, anchos hombros y unos ojos color avellana con toques dorados, estaba considerado por la alta sociedad londinense como un hombre peligrosamente atractivo. Era de constitución atlética, alto, fuerte y delgado. Sus costumbres libertinas tenían también un lado oscuro, ya que más de una vez había tenido algún problema por culpa del juego y las mujeres. Aún persistían los rumores sobre un



duelo en el que había participado sin temor alguno y del que había salido vencedor.

La última imprudencia que se contaba de él tenía relación con su participación en una partida de caza el otoño anterior. El ciervo había olido a los cazadores y huido hacia el bosque. Al parecer, Middleton había arriesgado su cuello y el de su caballo para alcanzarlo, saltando por encima de muros de piedra, peligrosos barrancos y matorrales y dejando atrás al resto de los jinetes. Pero cuando tuvo acorralado al animal, tiró de las riendas, hizo dar media vuelta a su montura y regresó a la finca. Se decía que lo que le importaba no era la caza, sino la persecución.

En los elegantes clubes para caballeros de Londres, más de uno comentó que el marqués había cabalgado tan frenéticamente ese día no por el ciervo, sino porque lo perseguían sus propios demonios.

Cualquier cosa que hiciera, al día siguiente aparecía invariablemente relatada con todo detalle en los periódicos de Londres y, sin duda, nada deleitaba tanto a los habitantes de Mayfair, el elegante distrito de Londres, como sus hazañas en la cama de algunas de las damas más importantes de ciudad. Lo que hacía esos relatos más excitantes, era que se trataba del heredero de uno de los ducados más poderosos de Inglaterra y Gales; imaginar los bastardos que pudiese ir engendrando por toda la ciudad, preocupaba enormemente a su padre, el actual duque de Redford.

Era de sobra conocido que muchos lores deseaban que sus hijas se casaran con el hijo de Redford, y la mejor situada parecía ser lady Elisabeth Robertson. Su padre era amigo del duque desde que ambos eran niños y todos coincidían en que su linaje la convertiría en una duquesa sin igual.

Lo que los murmuradores no sabían era que el marqués y el duque habían mantenido muchas acaloradas discusiones sobre



ella, en las cuales el hijo se había negado en redondo a la idea de un compromiso con lady Elizabeth, mientras que el padre insistía en que, por su parte, no aprobaría ninguna otra unión.

De hecho, fue otra mención en el periódico lo que llevó al duque a convocar al marqués como si fuera un simple criado.

Jared acudió, pero se sentó despreocupadamente, mientras su padre se paseaba de un lado a otro. El duque sostenía en la mano el último ejemplar del *Times* y estaba tan enfadado que tardó varios minutos en poder hablar.

—«Cierta viuda» —citó, al tiempo que bajaba el periódico para dirigirle a Jared una fría mirada—. Sé perfectamente a quién se refiere; todo el mundo conoce tu relación con lady Waterstone.

Jared se encogió de hombros sin darle importancia. Era cierto que había visitado el lecho de la viuda. A fin de cuentas, era un hombre, y había desarrollado un cierto cariño por los encantos del cuerpo de Miranda, lady Waterstone.

—¿No te importa nada tu reputación? ¿Y si lady Elizabeth llegase a leer esto? —preguntó el duque apretando las mandíbulas.

—¿Qué pasaría si lo leyese? —respondió Jared de forma irreverente.

A su modo de ver, él no le debía nada a lady Elizabeth y, francamente, si su padre, viudo desde hacía años, tenía tanto interés en verla casada, tal vez, debiera ser él quien se casara con ella. Jared era persistente en su rechazo; no pensaba en nada más que en vivir cada día como si fuera el último, y ningún argumento por parte de su padre para casarlo con una mujer con cara de caballo iba a hacerle cambiar de idea.

Pero cuanto más se empeñaba Jared en su negativa, más se enfurecía su padre con él.

—He tenido que aguantar la humillación de oír comentar tu



relación con esa mujer en mi club, ¿ahora también tengo que verla en letra impresa?

—Yo no tengo la culpa de lo que se escribe en los periódicos —contestó Jared.

La expresión del duque se ensombreció.

—¿Acaso no es tu despreciable comportamiento la causa de que se escriba toda esta basura? Te exijo que no deshonres nuestro nombre, ni el título, con tus devaneos con esa mujer. ¿Me has entendido? No vas a seguir teniendo relaciones con una ramera que se casó con alguien superior a ella —estalló—. ¡Ahora que ha enviudado, quiere clavar sus garras en el heredero del ducado de Redford y no pienso consentirlo! ¡Lady Elizabeth es idónea para engendrar un heredero legítimo en cuanto sea posible, dentro de los límites de la decencia!

Jared estalló de indignación.

—¿Es eso lo único que soy, señoría? ¿Un semental más de sus vastos y poderosos dominios?

El duque entrecerró sus oscuros ojos.

—Eres ruin.

—Muy bien —prosiguió Jared, hirviendo de rabia—, si el precio por haber nacido en su noble casa es engendrar un maldito heredero, lo haré. Pero cuando quiera y con quien yo quiera.

—¡No vas a engendrar a mi heredero con quien te plazca! —tronó su padre—. ¡Aquí hay mucho más en juego que tu lujuria! ¡Creí que habías aprendido algo con las desagradables consecuencias de tus antiguas costumbres! —añadió abriendo viejas heridas—. ¡Te lo advierto, si continúas humillándome, me ocuparé de que el rey en persona ordene que seas desheredado!

Jared abrió los brazos lanzando una carcajada de incredulidad.

—¡Hágalo! No voy a impedirselo; incluso me alegraría si lo hiciera. Al menos así me vería libre de las cadenas que me ha im-



puesto. —Lo decía con total sinceridad. De acuerdo, había cometido un montón de errores, pero también el duque. Que lo desheredara; Jared era marqués por derecho propio; no necesitaba para nada el título de duque y, francamente, no deseaba tenerlo.

Pero su padre se desplomó de repente en su silla de caoba, situada tras el magnífico escritorio y se cubrió el rostro con las manos.

—Por el amor de Dios, Jared —dijo con voz ronca—, por lo que más quieras, haz lo que te pido. —Apartó las manos y miró a su hijo—. No olvides que nuestra familia ya se hundió una vez en la depravación y las camas se llenaron de putas y bastardos. Costó años que la monarquía nos aceptara de nuevo; es injusto que ahora tú desprestigies nuestro buen nombre con tu ramera. ¡Cásate con una mujer decente y déjala embarazada. Luego vete con todas las mujerzuelas que quieras!

—¿Como hizo usted? —preguntó Jared tranquilamente.

El duque palideció. Se recostó en la silla y se agarró al borde del escritorio temblando de rabia.

—Fuera de mi vista —ordenó fríamente.

Jared se puso en pie.

—Señoría —se despidió con una reverencia.

Salió de la mansión de Park Lane en dirección a White's muy enfadado con su padre, y le molesto aún más ver a los dos lacayos que tenían orden de seguirle.

Toda la vida se había rebelado por lo absurdo de sus supuestas responsabilidades. Su principal cometido era deprimentemente simple: producir una reserva de hijos para el ducado de Redford. Se le valoraba sólo por su capacidad de procreación. La verdad es que no recordaba su infancia, especialmente después de morir su madre, cuando él tenía catorce años. Sus recuerdos de ella iban desapareciendo y apenas podía evocar ya nada aparte de su



suavidad, el calor de su aliento o el olor a lilas de su piel. Se acordaba de que se reía cuando estaba con él, pero en realidad sólo la veía de vez en cuando. Sus padres vivían en Londres o en el campo, según dónde residiera la amante de su padre de aquellos momentos.

Jared, por su parte, vivía en cualquier parte, rodeado de las niñas, institutrices y tutores que lo educaban para que fuera duque algún día.

Incluso cuando se marchó al internado, se investigaba a sus compañeros y se supervisaba cuidadosamente su educación. Nunca se sintió verdaderamente unido a nadie, excepto a sus dos mejores amigos, lord Stanhope y lord Harrison, que estudiaron con él.

Los discursos para que produjera un heredero empezaron al cumplir la mayoría de edad, y las exigencias se habían ido haciendo más imperiosas cada año que pasaba. Ahora, cuando estaba a punto de cumplir los treinta, eran ensordecedoras.

Jared lamentaba con frecuencia no ser hijo de un campesino, un comerciante o un banquero; cualquier profesión que hubiera hecho que su padre lo quisiera por algo más que su capacidad de reproducción. Pero era hijo de un duque y, desde que tenía memoria, su padre había intentado controlar su futuro, sus amistades y a quienes amaba.

Por consiguiente, Jared no amaba a nadie.

Se dirigió a White's, el club de caballeros del que era miembro, y permaneció allí abatido y cabizbajo, negándose incluso a jugar una partida de *whist*, a pesar de la insistencia de sus compañeros. Cuando terminó el juego, uno de sus mejores amigos, Geoffrey Godwin, vizconde de Harrison, insistió en que lo acompañara al baile de los Fontaine.

—No puedo permitir que bebas solo —dijo, palmeándole la espalda—. Podrías hacerle daño a alguien.

—No quiero ir a ningún maldito baile —refunfuñó Jared—.

Detesto la frivolidad de la Temporada; acaba de empezar y ya hay todo un desfile de debutantes cuyas madres me persiguen con la esperanza de conseguir un sonado compromiso y una considerable fortuna.

—Vamos, no seas tan duro con esos pobres pajarillos y con sus madres —respondió Harrison entrechocando su vaso con el de Jared antes de beberse el resto del whisky—. Eso por no mencionar a los padres; no hay nada más estimulante que la conversación de un hombre con una hija soltera.

—¡Uf! —se burló William Danvers, lord Stanhope, agitando una mano hacia ellos—. Pues intenta ponerte en mi lugar a ver qué te parece. Imagínate que fueras tú el que tuviera que buscar una novia con una fortuna sin igual para asegurar el bienestar de las futuras generaciones.

—Imposible —resopló Jared—, son los hombres quienes poseen fortuna, no las mujeres.

—Ése es precisamente mi problema —exclamó Stanhope con disgusto, mientras se pasaba la mano por los rubios cabellos.

—Entonces vamos al baile —insistió Harrison—. Stanhope piensa en los garitos de juego para incrementar su ínfima fortuna; pero sé de buena tinta que en casa de los Fontaine las apuestas van a ser muy interesantes para los adinerados caballeros que no disfrutan bailando.

Jared echó una ojeada a Harrison.

—¿Interesantes?

—Muy interesantes —confirmó Harrison con una sonrisa.

Jared se encogió de hombros.

—Prefiero la calidez del cuerpo de Miranda a un maldito juego de cartas.

—Pero Miranda ahora está en el campo. ¿Qué otra cosa vas a hacer al margen de beber hasta que alguien tenga que llevarte a tu



casa? Vamos, Middleton, ven y distráete con algo que aparte de tu mente las preocupaciones.

Quizá divertirse un poco alejara los sombríos pensamientos sobre su padre.

—De acuerdo —suspiró, frunciendo el cejo cuando Harrison y Stanhope aplaudieron su decisión.

Cuando llegaron ante la puerta del salón de baile de los Fontaine, Jared sintió la familiar punzada de alegría al ver a tantas mujeres dispuestas y atractivas. A su modo, echaba de menos a Miranda, pero Harrison tenía razón: no estaba allí. Por lo tanto, su vena jugadora decidió que esa noche debía dar lo mejor de sí mismo.

En el otro extremo del salón, Ava Fairchild propinó un codazo a su hermana y a su prima, señalando con la cabeza a los dos caballeros impecablemente vestidos que habían aparecido en la entrada, ambos ataviados con frac negro, chaleco blanco de seda y pañuelos perfectamente anudados al cuello. Lo único que los diferenciaba era que Middleton portaba un distintivo en la solapa que indicaba que su título era superior al de Harrison.

—¡Oh, Dios! —suspiró Phoebe en tono apreciativo mientras todas ellas contemplaban a los hombres—. Me encantaría que me los presentaran, aunque sólo fuera por el placer de bailar una vez con ellos.

—¿Sólo un baile? Yo estaba pensando en algo mucho más emocionante —comentó Ava. Su hermana y su prima la miraron expectantes y Ava les guiñó un ojo—. Un apasionado romance con Middleton.

Las tres se divertirían un poco jugando a hacer suposiciones indecorosas sobre el sexo contrario. Pero la observación de Ava provocó un muy poco delicado resoplido por parte de Phoebe.





—Querida, creo que te has vuelto completamente loca. No tienes ni la más mínima posibilidad de que te presenten a Middleton, y mucho menos de mantener un romance con él teniendo en cuenta la cantidad de debutantes que están haciendo cola para ello... a menos, claro, que estés dispuesta a ofrecerle tu valiosa virginidad.

—Puede que incluso la vida —añadió Greer—. Su temeridad raya en la locura, y cuando se digna a bailar, es sólo para seducir. Así fue como empezó su asunto con lady Waterstone, ¿sabes?

Ava sonrió sorprendida.

—Pareces estar muy bien informada, Greer.

—Por casualidad he oído comentar muchas cosas sobre él, y ninguna buena —respondió ésta encogiéndose de hombros—. Dedícate a Harrison, Ava, es igual de atractivo. Bueno... casi —añadió con añoranza.

Las tres jóvenes miraron a Harrison durante un momento. Con su pelo negro y ojos azul claro era bastante guapo; pero la mirada de Ava se desvió hacia Middleton, que sonreía de forma cautivadora a la mujer que estaba a su lado.

Podía imaginarse perfectamente por qué seducía a las mujeres, característica que, en realidad, formaba parte de su encanto. Pero ella no era tan estúpida como para no saber que Middleton era un sueño inalcanzable para las simples mortales como ellas. A pesar de que, teóricamente, su nivel social era más que respetable —su difunto padre era conde—, la realidad era que su verdadera situación no encajaba en los cánones deseables para un futuro duque. El título de Middleton y sus ingresos —por no hablar de su aspecto elegante y sus encantadores modales— eran tales que podía conseguir a cualquier mujer que deseara. Todas lo codiciaban; todo lo que decía en el transcurso de sus ocasionales coqueteos era conocido por la mayoría de las damas, que lo comentaban en sus habitaciones privadas de Mayfair entre excitados susurros.



Ava no tenía ninguna esperanza de que un hombre de su categoría se fijara en ella, y mucho menos, para una relación de cualquier tipo. Sin embargo, el sueño le parecía maravilloso.

—Entonces puede que me limite a casarme con él —anunció alegremente, asombrando a su hermana y a su prima—. ¿Por qué no? —preguntó al ver sus expresiones de sorpresa—. Soy hija de un conde, y tan atractiva al menos como lady Elizabeth.

Las tres miraron hacia su izquierda, donde lady Elizabeth, con un soso vestido amarillo, estaba rodeada de una corte de debutantes que se apiñaba a su alrededor como gansos. Desafortunadamente para ella, a su lado tenía a la señorita Grace Holcomb, hija de un adinerado comerciante que acababa de llegar a Londres procedente de Leeds. La señorita Holcomb, una joven agradable en todos los sentidos, estaba impaciente por formar parte de una sociedad que valoraba a partes iguales la cuna y el dinero, pero había cometido el grave error de unirse a alguien tan carente de gracia como lady Elizabeth. Quizá como testimonio de su riqueza, la señorita Holcomb llevaba un llamativo vestido rosa y estaba cubierta de deslumbrantes joyas. A su lado, Elizabeth parecía difuminada. Ava estaba segura de que ésta no tardaría mucho en poner remedio a la situación.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Acaso no soy al menos tan atractiva como ella?

—Es evidente que la superas en aspecto y elegancia —dijo Greer pensativamente, obteniendo una pequeña inclinación de cabeza a modo de agradecimiento por parte de Ava; la nariz de Elizabeth era realmente espectacular—, pero todo el mundo está convencido de que va a ser la favorita de la Temporada. En cambio tú, querida, hiciste tu presentación hace tres años y sigues soltera. —Levantó tres dedos y los movió delante de Ava para enfatizar sus palabras.

Ava se los agarró y los apretó alegremente.



—No ha sido por falta de oportunidades —dijo—. He tenido tantas ofertas como tú, querida.

Se abstuvo de mirar a Phoebe, porque ésta no había tenido ninguna desde su presentación el año anterior; la pobre era demasiado tímida cuando había caballeros cerca. Greer, en cambio, era tan inteligente que los hombres siempre querían que fuera su pareja en la sala de juegos. En cuanto a Ava; bueno, ella se conformaba con disfrutar de las amables atenciones de varios caballeros y, de hecho, los animaba.

—Resulta que me gusta estar soltera. La vida es mucho más interesante cuando se tiene la atención de varios hombres atractivos, y sospecho que debe de ser muy aburrido tener sólo uno.

—Entonces lord Middleton y tú os parecéis mucho —opinó Phoebe.

Greer se rió a carcajadas al oírla y Ava miró inconscientemente hacia la entrada del salón. Por desgracia, su fantasía había desaparecido junto con Harrison entre los invitados. Y, lo que era peor, sir Garrett se acercaba a ella tan rápidamente como su encorsetado torso se lo permitía.

—¡Maravilloso! —exclamó Greer divertida—, ahora vas a poder disfrutar de las atenciones de sir Garrett.

Ava gimió. Sir Garrett era un hombre voluminoso y sociable, de gruesos labios y con una mata de pelo alrededor de la pelada coronilla. En el transcurso de las dos últimas Temporadas, había desarrollado un gran afecto por ella y empezaba a convertirse en un fastidio, ya que la buscaba a cada oportunidad y empezaba a monopolizarla en todos los acontecimientos.

Pero a Ava le daba pena. Nunca se había casado, y parecía estar bastante solo. Le costaba negarse a bailar con él de vez en cuando, pero el pobre no parecía entender sus cortesías negativas, y que si bailaba con él era por amabilidad.



Cuando llegó a su lado, Ava oyó la risita tonta de Phoebe y notó cómo ésta le daba un codazo, aunque sonrió con gentileza cuando sir Garrett extendió la mano para coger la suya.

—Lady Ava —saludó él inclinándose.

—Sir Garrett, es un placer —contestó ella con una reverencia.

Él sonrió, le rozó el dorso de la mano con los labios y luego saludó sonriente a Phoebe y a Greer al tiempo que Ava liberaba su mano.

—Si me atreviera —dijo, centrando de nuevo su atención en Ava—, le diría que es la mujer más hermosa que hay aquí esta noche —declaró abriendo los brazos para abarcar a todas las damas presentes y olvidándose, evidentemente, de Greer y de Phoebe.

Ava se las recordó ladeando ligeramente la cabeza.

Sir Garrett comprendió al instante que había metido la pata y su rubicundo rostro enrojeció todavía más.

—Quiero decir... ustedes tres, eh... las Fairchild, todas... son muy... hermosas —tartamudeó cada vez más colorado.

Phoebe y Greer sonrieron tímidamente y le agradecieron sus amables palabras al igual que habían hecho en, al menos, dos ocasiones más.

Él se sacó un pañuelo del bolsillo, se secó la frente, y volvió a mirar a Ava.

—Señorita Fairchild, ¿me haría el honor de concederme el siguiente baile? —preguntó pasándose el pañuelo por las sienes—. Creo que es una cuadrilla y le aseguro que he intentado aprender bien todos los pasos para que no se produzca un incidente como el que tuvo la desgracia de sufrir en el baile de los Beltrose.

La desgracia fue que sir Garrett le había destrozado los dedos de los pies intentando bailar ese mismo baile. Pero Ava se compadeció del desdichado caballero y sonrió. Al menos tendría la oportunidad de bailar.

—Encantada, señor.

La cara de él se iluminó de placer.

—¡Bien! —exclamó, extendiendo el brazo por encima de su voluminoso pecho, mientras el pañuelo se agitaba como una bandera entre sus dedos—. El honor es mío, lady Ava. —Se guardó rápidamente el pañuelo en el bolsillo y le ofreció la mano.

Ella la aceptó de mala gana y miró con impotencia a Phoebe y a Greer mientras sir Garrett la conducía a la pista de baile.

Al otro lado del salón de baile, Harrison le propinó un puntapié a Jared para que lo dejara un momento a solas con una joven que parecía más interesada en Jared que en él. El marqués complació a Harrison pidiéndole a la señora Honeycutt, una mujer de cuya compañía había disfrutado durante las tres semanas que el marido de ella pasó en Escocia, que bailara con él una cuadrilla. Era su baile preferido para ejecutar con sus antiguas amantes, ya que, como la danza se desarrollaba entre cuatro personas formando un cuadrado, no había intimidad suficiente como para hablar de sentimientos heridos, como tenían tendencia a hacer las mujeres.

El vals, en cambio, era un baile privado, que se prestaba a susurrar sugerentes palabras de amor a las damas que aún no había tenido el placer de conocer.

Pese a todo, la señora Honeycutt estaba decidida a decirle lo que pensaba.

—Te he echado de menos —susurró cuando la cogió del brazo y le hizo dar una vuelta.

Jared no contestó, sino que se limitó a sonreír, soltarla y a moverse hasta lady Williamson. Pero cuando se dio la vuelta para quedar de nuevo frente a la señora Honeycutt, ésta lo miró



como un afligido cachorrito al que no permitían salir de paseo con su amo.

Jared esbozó una sonrisa cautivadora, inclinó la cabeza, y avanzó un paso, la cogió de las manos, la hizo girar y la soltó. Y al separarse para volver a su sitio, chocó violentamente con alguien que estaba a su espalda.

—¡Oh, Dios! —exclamó lady Williamson mirando por encima del hombro.

Jared se volvió rápidamente; la persona con la que había chocado era una atractiva joven de pelo rubio oscuro y unos sorprendentes ojos verdes. Por desgracia, estaba en manos de sir Garrett.

—Mis más sinceras disculpas, milord —dijo Garrett intentando torpemente sostener las manos de su compañera de baile mientras una gota de sudor le bajaba por la sien.

La mujer miró a Jared por encima del hombro de su pareja y le sonrió con buen humor, un poco mortificada, quizá, pero a la vez divertida por haber chocado con él. Y, a menos que estuviera equivocado, se encogió levemente de hombros a modo de disculpa, antes de volver a dedicar su completa atención a sir Garrett.

Y estaba obligada a hacerlo. Se jugaba la vida.

Jared volvió a su cuadrilla y retomó el ritmo con facilidad. En una de las vueltas volvió a divisar a la mujer, ella le sonrió sin ningún disimulo y él pensó que no había vanidad ni astucia en esa sonrisa; y, lo que quizá fuera más importante, carecía de avaricia. Había demasiadas mujeres que lo miraban con un destello de codicia en los ojos.

Los ojos verdes de ella, en cambio, rebosaban risa y, al verla seguir los movimientos de Garrett, se dio cuenta de que no intentaba atraer su atención, sino que estaba sinceramente diver-



tida por el torpe compañero de baile que se veía obligada a soportar.

Era diferente y refrescante, pensó. Conocía a muchas damas que se hubiesen horrorizado por la forma de bailar de Garrett y no habrían dudado en negarse a concederle ninguna danza. Se trataba de un veterano de guerra, ferozmente leal a la corona, que lo que le faltaba de refinamiento social lo compensaba ampliamente con su valor. Jared sintió respeto por aquella joven capaz de ver más allá de la torpe forma de bailar de su pareja.

No tenía ni idea de quién se trataba, pero estaba ligeramente intrigado.

Cuando regresó a la posición desde la que podía volver a verla, el cuerpo de sir Garrett la mantenía oculta a la vista, y no volvió a tener ocasión de divisarla en la pista de baile, cosa que lamentó.